La aventura de los 7 mundos

Por Ángela Martín del Burgo

FUNDACIÓN EUTHERPE, 18 MARZO 2026 (LEÓN)

BICENTENARIO DE LA FUNDACIÓN VEDRUNA

Capitán Von Rodelmann (Ángel):

Yo estaba dentro de un sueño. Seguía dormido y caminaba. Viajaba; lo mío es viajar, siempre viajar. Dicen que soy muy imaginativo. Pero mi sueño no fue producto de mi imaginación. Decidid y juzgadlo vosotros, porque os voy a contar mi sueño, tal cual me aconteció.

Veréis. Yo estaba en mi dormitorio. Comencé a oír un ruido imperceptible. Era apenas un susurro, un *extraño rastro sonoro,* que me hizo levantarme y correr tras él. En pijama, como estaba, me apresuré a caminar. De pronto, estaba viajando, viajando como siempre, siguiendo ese rastro sonoro.

Os confieso que, cuando me dispuse a caminar, yo aún estaba en pijama: con mi pijama largo color jengibre y con mis babuchas en los pies, mis babuchas, sí, mis preciosas babuchas color arándano. Y también tenía mi gorro de dormir con su pompón colgante como un planeta (por ejemplo, el planeta Saturno), orbitando alrededor de mi cabeza, dando vueltas y vueltas, bailando sobre mi coronilla. Hasta me rozó una nave espacial. ¿O era una estrella fugaz? ¡Si llega a ser un meteorito, no lo cuento!

Entonces noté que mi habitación, que no es más que un pequeño dormitorio veneciano, comenzaba a alargarse, y alargarse, y alargarse. Mi dormitorio se extendía, se alargaba y se alargaba como una tableta de chocolate que se funde, que se de-rri-te, de chocolate que se de-rri-te, que se di-la-ta... La habitación se alargaba y se alargaba.

De pronto me encontré en esta sala, que parece las tripas de una ballena gigantesca de madera. Si miráis bien las teclas de este piano, todavía reconoceréis la sonrisa de dientes blancos y negros de la ballena. ¡Es la boca de la ballena! ¡Mirad cómo sonríe! Uy, aquí tiene unas caries. En estas teclas, ¿veis? Los cepillos de dientes para ballenas son caros, no todas pueden comprarse uno... Pero, mirad la sala, mirad... ¿Veis como tiene las paredes, cubiertas de chocolate fundido que cae, y se alarga, y se derrite? Cuidado, que del techo caen goterones de chocolate. Sacad los paraguas si los tenéis. ¡Cuidado los del ala norte con los chocolatazos!

Me extrañó tanto ver cómo aquel lado de mi habitación se abría y se alargaba, se prolongaba y ensanchaba, hasta que, dando unos pasos, me di cuenta enseguida de que me encontraba en un mundo bien distinto al que acababa de dejar. En un mundo verdaderamente Otro. Un mundo en nada igual al que vemos todos los días y nos rodea a diario.

Al hilo de mis reflexiones, ya me había alejado lo suficiente como para haber perdido todo contacto con lo que habitualmente me rodeaba. Me hallaba ya lejos de mi habitación; tan lejos, que ya ni podría ni sabría regresar. Entonces me preguntaba, ¿a qué peligros o maravillas llegaré ahora? Yo corría, viajaba, seguía ese rastro sonoro, ese susurro, cada vez más fuerte. Perseguía ese rastro sonoro como un hilo dorado o una cuerda de la que tiraba. ¡Cada vez lo tenía más cerca!

Como el viaje se alargaba, decidí parar un momento y cambiarme de ropa. Si marchaba tan lejos, era mejor no ir en pijama. Me vestí con mi atuendo y mi gorra de capitán. Con mi ropa de explorador soy el Capitán von Rodelmann. Me conocéis, ¿verdad? ¡Mi nombre es Capitán von Rodelmann! Habréis oído hablar de mí. Imagino. Mucho gusto, encantado. Mon plaîsir! It's my pleasure!

Viajando, me encontraba aturdido, desorientado, maravillado, feliz... ¿Qué maravillas, qué peligros me esperaban? ¡Qué aventura! Estaba haciendo un viaje a lo desconocido. Y sabéis lo que pasa con los viajes a lo desconocido: que no se regresa nunca de ellos, o no se vuelve al menos a casa siendo el mismo.

Entonces me tropecé con un reluciente sobre cerrado. Me agaché, lo cogí del camino, me senté sobre una piedra y extraje el papel que encerraba en su interior. De pronto, el papel comenzó a hablarme, como una voz antigua, secreta, misteriosa:

La carta parlante (Carramolino):

Bienvenido a otra galaxia: La música. La música es una galaxia que tiene infinitos mundos. Si te da tiempo, hoy podrás conocer siete de sus mundos. Vivirás la aventura de los 7 mundos. Te quedarán infinitos mundos por conocer para futuros viajes.

Rodelmann (Ángel):

Y, luego de una pausa, la carta me dijo también:

La carta parlante (Carramolino):

La música es el idioma del paraíso. Igual que en Francia-landia hablan francés y en Italia-landia hablan italiano, y en Groen-landia hablan groenlandés, y en Islandia hablan Islandés, igual que todo eso, en el Paraíso hablan "la música". La música es la lengua del paraíso. Las criaturas mágicas, los ángeles dorados, los seres de la fantasía no hablan, ¡sino que cantan, cantan, hacen música!

Rodelmann (Ángel):

Cuando la carta hubo terminado, volví a escuchar el extraño rastro sonoro. Pronto vi cómo esos sonidos brotaban de un río, un río larguísimo, de un cauce ancho como la garganta de una serpiente gigante. El río caudaloso murmuraba. El río, me dije, es como nuestra vida, como aguas que se van sucediendo y desenlazan en el mar.

Me dispuse a bordear el río, cuando divisé una barca con sus dos remos. Era una barca amarilla, semihundida porque estaba borracha de agua, pero todavía flotaba, mi barquichuela borracha, a pesar del agua. Me subí a la barca y comencé a remar: era una invitación al viaje.

Al cabo escuché unos gritos de auxilio, ¡socorro, socorro...! Miré: en el agua flotando, como un pequeño barco, se hallaba un violín. Un elegante violín. ¡Pobre, que se empapa!

Y en ese momento vi que salían de las aguas otros instrumentos, que me saludaban haciendo cada uno una reverencia. Había otro violín (que debía de ser hermano del primero, pero que habría tomado más el sol, porque estaba más moreno), y una viola, y

un violonchelo, y un piano para cuyas teclas habían robado la sonrisa de una ballena, con sus caries y todo.

Instrumentos musicales (Ana, Carramolino, Pablo, Peris):

¡Súbenos a la embarcación! Súbenos, barquero, súbenos. ¡Súbenos!

Misma voz de la carta parlante (Carramolino):

¡Capitán! Capitán Rodelmann. Los instrumentos te saludamos. De parte de la Musa Eutherpe te pedimos que nos acojas en tu formidable embarcación. Seremos tus tripulantes.

Rodelmann:

¿De parte de la Musa Eutherpe?

Misma voz de la carta parlante (Carramolino):

Eutherpe es la Musa protectora de la Música. Es la soberana de esta galaxia.

Rodelmann(Ángel):

Mi viaje dejó de ser solitario. Habían subido a mi embarcación cinco instrumentos musicales. ¿Recordáis? Mis hermanos los violines, mi prima la viola, el cello (que tenía pinta de no ser más que cuñado) y mi tatarabuelo segundo, el piano (que se encogió un poco para poder subir a la embarcación). Ya no me encontraba solo. Mi asombro y mi temor por el viaje lo suavizaba ahora la alegría de los amigos y la buena compañía.

Surcábamos las aguas de un fantástico río en la pequeña embarcación. Nos preparábamos para afrontar una larga hilera de sorpresas. Yo ahora sabía que ese extraño rastro sonoro era la Música, en cuyas aguas navegábamos.

Violines y Viola (Ana, Pablo, Carramolino, Peris):

¡Atención, atención!

Viola(Carramolino):

¡Bancos de peces a la vista! ¡Cuidado! Peces alegres y saltarines. Peces... ¡e insectos! ¡Bandadas de peces dorados e insectos de colores surcando las aguas! Son fabulosos... ¡Qué alegres, qué saltarines! Vaya...

Rodelmann (Ángel):

Me coloqué en el borde de la lancha y con mis prismáticos taladré las aguas. Divisé a los peces y a los insectos dorados, y su jefe, su cabecilla, un flamante insecto dorado, se dirigió a mí...

El tábano dorado (Peris):

¡Ah, el barco! ¡Capitán Rodelmann! Me presento. Soy el tábano dorado. Un insecto de oro, sí, un tábano. Viajamos los insectos y los peces dorados en bandadas, en inmejorable compañía. Surcamos aguas maravillosas y trazamos remolinos como pasos de baile. Mira, cómo nadan los peces a la superficie. Y los insectos son como diamantes con alas de oro.

Rodelmann:

Tábano, en verdad, qué alegre y saltarín eres... ¿Pero tú eres ciego, eres ciego, Tábano?

El tábano dorado (Ángel):

Aquí donde nos ves, los tábanos y los peces dorados somos ciegos. Somos ciegos porque vemos el interior. Con sabiduría, amor y compasión velamos por el bien de todos. Y en el interior reposa la sabiduría. Juntos, los peces y los insectos bailamos alegres, ejecutando maravillosos pasos de baile. ¿Qué hacéis vosotros, en cambio, sobre la tierra, que tenéis al mundo tan desordenado y patas abajo? Poned un poco de orden en la tierra. Poned paz. Paz... Bailad, lo que necesitáis es bailar.

Rodelmann (Ángel):

En verdad este insecto dorado es sabio: me dejó sin palabras. Atendía a lo esencial, y gobernaba a los suyos de la mejor manera. ¿Qué hacíamos en cambio nosotros, con nuestro mundo lleno de guerras y de incomprensiones?

El tábano dorado (Peris):

Capitán, escucha esta música de los tábanos, de los insectos y los peces dorados. Un compositor ruso, Dmitri Shostakóvich, escribió esta música que nosotros le

dictamos... Es el Preludio de la Suite del Tábano. Te hará flotar elevándote con la aureola de la buena música.

PRELUDIO DEL TÁBANO

Rodelmann (Ángel):

Dijimos adiós a los peces y a los insectos dorados. Continuamos navegando. De pronto, nos encontramos ante un edificio monumental, inmenso, pero abandonado. Estaba completamente abandonado. Tenía un letrero luminoso, con luces y chiribitas, en el que podía leerse: "Gran Hotel Jazz Boulevard". No sé por qué de pronto comencé a hablar como con acento de Francia-landia, como si hablara francialandés. La tripulación y yo entramos en el edificio... En la recepción del hotel había un hombre solitario, y sonaba una música... Oh, quelle musique! Musique! ¡Música!

El gerente del Gran Hotel París Jazz Boulevard (Peris):

Capitán Rodelmann, les esperábamos. La tripulación y usted tienen preparadas sus habitaciones en el Hotel. Soy el gerente del Gran Hotel Paris Jazz Boulevard. ¿Escucháis ese Vals? Un vals es un baile... ¡Un baile! Este es el Vals de los bailarines de plomo y de las bailarinas de madera. Nuestro hotel está abandonado y algo en ruinas porque vivimos 100 años más atrás. Vivimos en el maravilloso París de 1920... El vals sigue girando y girando, los bailarines de plomo y las bailarinas de madera están encadenados a esta música, están locos de amor, l'amour, el amor, el vals que gira, los bailarines, París, 1920, cabaret, jazz... ¡Bienvenidos al Gran Hotel París Jazz Boulevard!

VALS DE LA SUITE DE JAZZ

Rodelmann:

Recogimos nuestros equipajes y a la noche siguiente nos marchamos del Gran Hotel París Jazz Boulevard. Allí siempre es de noche, y los bailarines y bailarinas siguen girando, girando... Mis amigos y yo, mientras continuamos navegando. Afortunadamente, yo dejé de hablar raro. Habíamos descubierto dos mundos extraordinarios (el de los tábanos y el del Hotel de París), y no sabíamos qué aventuras más nos deparaba el destino...

Cuarteto (Ana, Pablo, Carramolino, Peris): [señalando al aire con el dedo]

¡Quinteto! ¡Quinteto! ¡Quinteto! ¡Quinteto! ¡Quinteto de Shostakóvich! ¡Shostakóvich!

Rodelmann (Ángel):

Tenéis razón... En nuestro frente divisamos un majestuoso pórtico. La tripulación, mis instrumentos, alborozados reían, y llenos de entusiasmo, daban vueltas y bailaban. En el dintel de aquel pórtico aparecía una inscripción: Quinteto de Dmitri Shostakóvich. Al leerlo, los cinco instrumentos que me acompañaban comenzaron a danzar y a saludarse unos a otros. El piano, revoloteando misteriosamente con sus teclas de marfil, me señaló la presencia de un misterioso hombrecillo... que se nos acercaba...

El guardador de llaves (Peris):

Amigos, capitán Rodelmann, se adentran ustedes en una constelación de cinco mundos. Bienvenidos al Quinteto de Shostakóvich, con sus cinco movimientos, cinco episodios, cinco capítulos, cinco mundos. No me he presentado. Soy el guardador de llaves... Custodio el secreto de esta mansión, de la constelación del Quinteto. El secreto, y sus llaves, claro, porque soy el guardador de llaves.

Rodelmann (Ángel):

Pues mucho gusto, señor Guardador de llaves... Matarile, rile, rile...

El guardador de llaves (Peris):

¡Bienvenidos al primer movimiento! Es el gran Pórtico, la gran puerta de entrada de la constelación. Ya veréis, es un pórtico inmenso. Es música de piedra, de roca. Os dejo la llave de este pórtico. Cuidado, en mitad de las rocas encontraréis viejas danzas que tiene trescientos y cuatrocientos años. No las piséis. Son de perlas, de porcelana... Luego volveréis a encontrar las grandes rocas. ¡Ah! Las llaves, tomad las llaves... La música os embargará, os hará vibrar, y llenará de significado el mundo. Desaparezco, os dejo con la música. ¡Pero no os dejéis las llaves! Recordad que os las he dado yo: el guardador de llaves.

PRELUDIO

Rodelmann (Ángel):

Según habían acabado de tocar el primer movimiento, puse en marcha mi embarcación. Siguiendo el caudaloso río, llegamos a otro mundo, otro planeta. Nos encontramos con un larguísimo desierto, un infinito desierto que no era de arena, sino que parecía una gran sala de espejos. Un solitario y único habitante tenía este planeta, que custodiaba los infinitos espejos y se entretenía limpiándolos.

El pulidor de espejos (Peris):

Yo soy el pulidor de espejos. Estoy triste. La música que escucharéis en este mundo será lenta y triste, porque estamos encerrados en un desierto, el desierto de los espejos.

Estos son los espejos de la Memoria. Son espejos rotos. Me ocupo puliéndolos, pero no acabaré nunca, porque todos los espejos están rotos.

Aquí no hay nadie más y los espejos están condenados a reproducirse y multiplicarse los unos a otros. Se reflejan, juntos ofrecen el jardín y el desierto de la memoria, que os hará sentir desolación, larga desolación... Es un desierto infinito.

Por eso los instrumentos musicales harán como si se imitaran los unos a los otros, repitiendo todos la misma melodía, si escucháis atentamente. Es lo que los músicos llaman una Fuga, una Fuga.

Rodelmann (Ángel):

¿Una fuga?

El pulidor de espejos (Peris):

¡Una fuga! Tal como mis espejos rotos se imitan unos a otros, así los instrumentos repetirán la misma melodía. Irán imitándose uno tras otro. ¡En larga marcha! Me voy, tengo que pulir a los espejos, ay, qué rotos están, qué rotos... Mis pobres espejos, rotos e imitándose los unos a los otros...

FUGA

Rodelmann (Ángel):

Qué enigmático mensaje, el de esa música que el Pulidor de espejos había denominado "Fuga"... Según nos alejamos, mis instrumentos musicales dejaron de imitarse los unos a los otros. ¡Qué liberación! Cada cual recobró su vida propia. ¡Por fin!

De nuevo puse en marcha la embarcación. Siguiendo el curso del río, nos topamos con una gran fábrica, bastante destartalada, la verdad. En la puerta vislumbré a un operario, un trabajador de la fábrica. Quiso presentarse, como habían hecho los anteriores anfitriones en sus distintos mundos.

El encajador de tuercas (Peris):

Yo soy el encajador de tuercas. Trabajo en esta fábrica, tan grande que ocupa un planeta entero. Tan grande y..., destartalada... ¡Porque esta fábrica está completamente destartalada! Intento encajarle las tuercas, pero es imposible apretarlas todas... Las fábricas, sus chimeneas, sus engranajes, el humo que escupen, los artefactos... ¡Ese es mi mundo!

Rodelmann(Ángel):

¡Pero si hay una gallina en la fábrica, revoloteando!

Encajador de tuercas (Peris):

Si que hay una gallina, sí... ¡Mira tú, como suena la gallina! Les pondrán tuercas donde antes tenían los dientes. Pero, cuidado... ¡Si apretamos demasiado las tuercas, el humo de la fábrica os cegará por completo...! Donde estaban los dientes, yo aprieto tuercas y tornillos con mi llave inglesa... ¡Soy el encajador de tuercas! Si os descuidáis y atornillamos demasiadas tuercas, encontraremos chips donde antes habitaban los cerebros. Tuercas, pantallas y teléfonos en el lugar donde estaban los cerebros... ¡Qué desastre! ¡Y los tornillos, todos desatornillados! En esta fábrica hay que apretar tantas tuercas, tantas... En el fondo es sólo un juego. ¡Un juego! Lo que los músicos llaman, un "Scherzo". ¡Scherzo, Juego! ¡Me voy! ¡Mi llave inglesa!

SCHERZO

Rodelmannn (Ángel):

Cuando conseguimos escabullirnos del humo de aquella fábrica tan destartalada, proseguimos la navegación. Qué tripulación más extraordinaria para hacer aquel viaje... Al poco, nos hallamos frente a un colosal bailarín de madera, apostado sobre un planeta que parecía una gigantesca cajita de música, con una inmensa llave para darle cuerda. Y hacía frío, mucho frío...

El colosal bailarín de madera (Peris):

Acercaos, acercaos. No os dé miedo: soy grande porque soy el colosal bailarín de madera. Habito este mundo, que es una cajita de música, in-men-sa, in-men-sa... Sobre la cajita las figuran bailan, enamoradas, muy enamoradas. ¡Ay, el amor!

Rodelmann (Ángel): Qué frío, carámbanos...

El colosal bailarín de madera (Peris):

Hace un frío legendario. Si miráis bien, veréis que todas las figuras de este mundo se hallan congeladas. Témpanos de hielo les cuelgan de la frente y de las narices. Témpanos y carámbanos de hielo. Como a mí. ¿Queréis un poco de hielo? Conforme las figuras de este mundo bailan y se van apasionando, se descongelan. Yo no soy más que un esbelto bailarín de madera, que para vencer el congelamiento en el que nos quieren conservar, me apasiono y bailo y danzo, y entonces el hielo se derrite y se desvanece, todo ello al ritmo de la música.

¡A danzar! ¡Con la música, el hielo se derrite! Qué frío... ¡Música, por Dios...!

INTERMEZZO

Rodelmann (Ángel):

Amigos míos, me puse a contar. Seis eran los mundos que yo había recorrido en mi sueño. Pero me habían prometido recorrer siete en este sueño. Siete mundos para esta aventura. Y después, la galaxia de la música seguiría siendo infinita, porque inacabables eran sus planetas... Vemos tantas cosas a través del Sueño. La Música se instala una vez en nuestra vida, y es ya para siempre...

Llegamos al séptimo y último mundo de mi sueño. Algo me decía que nos hallábamos al final del viaje. Un último anfitrión nos recibió.

¿Quién eres, anfitrión de este último planeta?

El joyero de sueños (Peris):

Capitán Rodelmann, es un gusto recibiros. Soy el Joyero de sueños. ¡El joyero de sueños! Bienvenidos al séptimo planeta, al final del quinteto de Dmitri Shostakóvich, al final del viaje. Este es el planeta de los viajes, de los sueños. Yo los conservo y los guardo

todos. Los ordeno, los abrillanto, los atesoro en un joyero. ¡Mi precioso joyero! La música está hecha del mismo material que los sueños. Pero cabe toda en mi joyero.

Escuchad esta última música como un cuento. Porque las joyas son cuentos, y los cuentos son joyas. Pero es un cuento muy antiguo... Un cuento de la abuela, un cuento de los abuelos... ¿Cómo empezaba? ¡Érase una vez...! Todavía hoy perviven algunos cuentos de hadas. Después de librar una larga batalla, veréis que este cuento musical acaba descorchando una botella de champán, con alegría (pero dentro de la botella, en lugar de champán, habrá zumo de manzana). Veréis tantas cosas a través de los sueños. Tenéis ya vuestro joyero de sueños. Guardad en él vuestros días, vuestras músicas, para siempre. ¡Vivid con fantasía!

FINALE

Rodelmann: La música se había apoderado de mi pensamiento, de mi emoción, de mi sensibilidad. Me había elevado sobre la tierra a través del cauce de las aguas del río. Había sabido vencer todas las dificultades, todos los obstáculos, todos los inconvenientes. Me tocaba regresar, decir adiós a mis queridos compañeros. ¿Pero en verdad yo podía regresar al mundo de todos los días? La música había dado sentido a mi vida. Siempre me acompañaría, aliada fiel. Escuchad siempre música (buena música), tocadla si queréis. Leed, leed mucho. Abrazad a Eutherpe y a todas las musas. Viajad. Llevad una vida como un viaje, con pasión; os espera una vida apasionada.

Había visto tantas cosas a través del sueño... La Música se había instalado en mi vida ya para siempre: la pasión por la belleza, la fantasía, la imaginación... la música...